

decir en el elogio histórico de la Mettrie: «Ha muerto en el palacio de milord Tirconnel, plenipotenciario de Francia, á quien había dado la vida; parece que la enfermedad, sabiendo muy bien lo que se hacía, le atacó primero al cerebro para estar más segura de matarle, invadiéndole una fiebre muy alta con un violento delirio; el enfermo se vió obligado á recurrir á la ciencia de sus colegas, pero no encontró auxilio más que en sus propios conocimientos que tantas veces se había prestado á sí mismo y al público.» Es verdad que el rey se expresó de otro modo en una carta confidencial escrita á su hermana, la margrave de Bayreuth (36); esta carta dice que la Mettrie tenía una indigestión de pastel de faisán; sin embargo, el monarca parece considerar como la causa real de la muerte una sangría que la Mettrie se prescribió á sí mismo para mostrar á los médicos alemanes, con los que había tenido una discusión acerca de este punto, la utilidad de las sangrías en tales casos.

CAPITULO III

El sistema de la naturaleza.

Los órganos del movimiento literario en Francia; sus relaciones con el materialismo.—Cabanis y la fisiología materialista.—El *Sistema de la naturaleza*; su carácter general.—Su autor es el barón Holbach.—Otros escritos de Holbach.—Su moral.—Sumario de la obra; la parte antropológica y los principios generales del estudio de la naturaleza.—La necesidad en el mundo moral; conexiones con la Revolución francesa.—«El orden y el desorden no están en la naturaleza»; polémica de Voltaire contra esta tesis.—Consecuencias sacadas del materialismo en virtud de la asociación de las ideas.—Consecuencias para la teoría estética.—La idea de lo bello en Diderot.—Ley de las ideas, morales y estéticas.—Lucha de Holbach contra el alma inmortal.—Aserción relativa á Berkeley.—Ensayo para fundar la moral en la fisiología.—Pasajes políticos.—Segunda parte de la obra; lucha contra la idea de Dios.—Religión y moral.—Posibilidad general del ateísmo.—Conclusión de la obra.

Si entrase en nuestro plan seguir en detalle las formas múltiples que ha recibido la concepción materialista del universo y apreciar la lógica más ó menos cerrada de los pensadores y escritores que no rinden homenaje al materialismo más que incidentalmente unos, en tanto que otros se aproximan á él cada vez más por un lento desarrollo y muchos, en fin, se manifiestan claramente materialistas aunque, por decirlo así, contra su voluntad, ninguna época nos suministraría mayor número de materiales que la segunda mitad del siglo XVIII, ni país alguno tendría en nuestro cuadro sitio más extenso que Francia.

Hallamos, en primer término, á Diderot, hombre plebético de inteligencia y de entusiasmo, á quien llaman

tan á menudo el jefe y el general de los materialistas, siendo así que tuvo necesidad de un desarrollo lento y progresivo para llegar á una concepción realmente materialista; es más, su espíritu estuvo hasta el último instante en un estado de fermentación que no le permitió ni completar ni dilucidar sus ideas; esta noble naturaleza que contenía todas las virtudes y todos los defectos del idealista, en primer lugar el anhelo por la dicha de la humanidad, una amistad hasta el sacrificio y una fe inquebrantable en lo bello, lo bueno, lo verdadero y en la perfectibilidad del mundo, fué arrastrada, como ya vimos, en cierto modo á su pesar, hacia el materialismo por la corriente irresistible de la época. El amigo y colega de Diderot, d'Alembert, fué, por el contrario, mucho más allá del materialismo porque «se sentía tentado á pensar que todo cuanto vemos es sólo una ilusión de los sentidos y porque no existe fuera de nosotros cosa alguna que corresponda á lo que creemos ver»; hubiese podido llegar á ser para Francia lo que fué Kant para el mundo entero, si hubiese conservado este pensamiento en su espíritu y se hubiese elevado en algún modo sobre la sencilla expresión de un fugaz escepticismo; pero siendo lo que fué, no llegó á ser ni aun el «Protágoras» de su tiempo, como Voltaire se complacía en llamarle. Buffon, reservado y circunspecto; Grimm, con su discreción diplomática; Helvetius, vanidoso y superficial, todos se aproximaban al materialismo sin mostrar la firmeza de principios y la integridad lógica de un pensamiento fundamental que distinguieron á la Mettrie á pesar de toda la frivolidad de su estilo. Debiéramos mencionar á Buffon como naturalista y tratar sobre todo ampliamente de Cabanis, el padre de la filosofía materialista, si nuestro objeto no nos obligase á entrar inmediatamente en el terreno decisivo, reservando para más tarde echar una ojeada por las ciencias especiales en la exposición histórica de las principales cuestiones de que aquí se trata;

nos limitaremos, pues, á indicar el período que transcurrió entre *El hombre-máquina* y el *Sistema de la naturaleza*, á pesar de las ricas enseñanzas que suministra al historiador de la literatura, para pasar en seguida á la obra que ha sido muy á menudo denominada el Código ó la Biblia del materialismo.

El *Sistema de la naturaleza* con su lenguaje franco y leal, la marcha casi alemana de sus ideas y su prolijidad doctrinal, presentó en un haz el resultado preciso de todas las ideas ingeniosas que fermentaban en esta época, y este resultado, presentado en una forma rigurosa y definitiva, desconcertó á aquellos mismos que habían contribuido más á alcanzarlo. La Mettrie asustó principalmente á Alemania y el *Sistema de la naturaleza* espantó á Francia; si los fracasos de la Mettrie en Alemania fueron debidos en parte á su frivolidad, defecto que es soberanamente antipático á los alemanes, el tono grave y didáctico del libro de Holbach tuvo ciertamente gran parte en la repulsión que inspiró en Francia; una gran diferencia resultó también de la época en que ambos libros aparecieron, dado el estado de los espíritus en las dos naciones respectivas; Francia se aproximaba á su Revolución en tanto que Alemania iba á entrar en el período de florecimiento de su literatura y de su filosofía; en el *Sistema de la naturaleza* se siente ya el soplo impetuoso de la Revolución francesa. En 1770 apareció en Londres, según se dice, pero en realidad en Amsterdam, la obra titulada *Sistema de la naturaleza ó leyes del mundo físico y del mundo moral*; llevaba el nombre de Mirabaud, muerto diez años antes, y por superfetación llevaba una breve noticia de la vida y escritos de este hombre que había sido secretario de la Academia francesa; nadie creyó en tal paternidad literaria, pero, cosa notable, nadie adivinó tampoco el verdadero origen del libro, aunque salió del cuartel general materialista y no fué, en realidad, más que un anillo de la larga cadena de

producciones literarias de un hombre á la vez original y serio.

Paul-Henri-Thierry d'Holbach, rico barón alemán nacido en Heidelberg, en el Palatinado, en 1723, vino desde su juventud á París y, como Grimm, su compatriota y amigo íntimo, se plegó completamente al temperamento de la nación francesa; si se considera el influjo que estos dos hombres ejercieron en el círculo de sus relaciones amistosas y se les compara con los personajes de la sociedad alegre é ingeniosa que se reunían de ordinario en el hogar hospitalario de Holbach, se les asignará sin esfuerzo y muy naturalmente un papel preponderante á estos dos alemanes en las cuestiones filosóficas discutidas por los concurrentes de dicho salón; silenciosos, tenaces é impasibles, permanecían como pilotos seguros de sí mismos en medio de aquel torbellino de talentos desencadenados; á su papel de observadores unían ambos, cada uno á su modo, una influencia profunda, tanto más irresistible cuanto se percibía menos; en particular Holbach no parecía ser más que el eternamente bueno y generoso *anfitrión* de los filósofos; á todos encantaba su buen humor y su corazón excelente; se admiraban tanto más libremente sus beneficios, sus virtudes privadas y sociales, su modestia y su bondad en el seno de la opulencia cuanto que sabía hacer plena justicia al talento de cada uno, no teniendo él mismo otras pretensiones que la de mostrarse como amable anfitrión; precisamente esta modestia impidió durante mucho tiempo á sus amigos considerar á Holbach como el autor de un libro que emocionó tanto á la opinión pública; aun después que se hubo comprobado que la obra había salido del círculo de sus íntimos amigos, todavía se obstinaron en atribuir la paternidad ya al matemático Lagrange, que había sido preceptor en casa del barón, ya á Diderot, ó bien á la colaboración de muchos escritores; hoy es un hecho innegable y evidente que el verdadero autor fué Holbach,

aunque varios capítulos hayan sido elaborados por Lagrange (por su especialidad, como Diderot de maestro en el estilo) y por Naigeon, colaborador literario de Diderot y Holbach; no sólo Holbach redactó toda la obra, sino que fué también el ordenador y quien dirigió su composición entera; además, Holbach llevaba algo más que una simple dirección, pues poseía conocimientos muy variados y profundos en las ciencias físicas; había principalmente estudiado la química, dió á la *Enciclopedia* los artículos relativos á esta ciencia y tradujo del alemán al francés muchos tratados de química. «Su erudición era tanta como su fortuna, escribe Grimm, y nadie dudó nunca de que no le era posible ocultarla sin lastimar su propia satisfacción y sobre todo la de sus amigos.» Los otros escritos de Holbach, que son numerosos, tratan la mayor parte de las mismas cuestiones que el *Sistema de la naturaleza*; algunos, como *El buen sentido ó ideas naturales opuestas á las ideas sobrenaturales* (1772), tienen una forma popular por estar destinados evidentemente á divulgarlos en las masas.

La tendencia política de Holbach, aunque no se pronuncia en favor de ninguna forma determinada de gobierno, era tanto más clara y precisa que la de la mayor parte de sus colegas franceses; no participaba de la manía que muchos franceses tuvieron por las instituciones inglesas, imposibles de importar á Francia dadas las diferencias de carácter de ambas naciones; con un vigor tranquilo é impasible, explica el derecho de los pueblos á regir por sí mismos sus destinos, el deber impuesto á todas las autoridades de inclinarse ante ese derecho sirviendo á las aspiraciones vitales de las naciones, la naturaleza criminal de todas las pretensiones contrarias á la soberanía del pueblo y la nulidad de todos los tratados, leyes y fórmulas legales que tratan de sostener las pretensiones culpables de algunos individuos; el derecho de los pueblos á la revolución,

cuando su situación se hace intolerable, es un axioma á sus ojos y justo en toda la extensión de la palabra.

La moral de Holbach es grave y pura, aunque no se eleva más allá de la idea de la felicidad: la falta de sensibilidad y el soplo poético que anima á la teoría de Epicuro en la armonía de la vida del alma, se eleva sin embargo en un noble arranque sobre el individualismo y funda las virtudes en el interés del Estado y de la sociedad. Cuando creemos encontrar en el *Sistema de la naturaleza* una inspiración frívola, en el fondo se trata mucho menos de un ataque ligero y superficial dirigido contra la moral (lo que sería realmente frívolo), que de un completo desconocimiento del valor moral é intelectual de las instituciones del pasado, especialmente de la Iglesia y de la revelación; este desconocimiento es de una parte resultado de la falta de sentido histórico, propia del siglo XVIII, y por otra fácilmente comprensible en una nación que, como Francia entonces, no tenía poesía original, pues de esta fuente de vida surge todo lo que para existir y obrar toma su fuerza en la esencia más íntima del hombre, sin necesidad de justificarse por el razonamiento científico; por eso en el célebre juicio de Goethe acerca del *Sistema de la naturaleza*, la crítica más profunda se asocia á la más grande injusticia, por efecto de la conciencia ingenua que el poeta tiene de su actividad y de sus creaciones originales, y descubre, por último, la oposición grandiosa de la vida intelectual de la Alemania rejuvenecida al lado de la aparente «decrepitud» de Francia.

El *Sistema de la naturaleza* se divide en dos partes, de las cuales la primera contiene los principios generales del sistema y la antropología, y la segunda la teología (si cabe emplear esta expresión); desde el prefacio se ve que el verdadero objeto del autor es trabajar por la dicha humana. «El hombre es desgraciado porque desconoce la naturaleza; su espíritu está de tal modo inficionado de preocu-

paciones que se le creería condenado al error para siempre; la venda de la opinión con que le cubren los ojos desde la infancia está anudada con tal firmeza que no sin grandes dificultades se logra desatarla; para desgracia suya, quiere franquear los límites de su esfera, intenta lanzarse más allá del mundo visible, y caídas crueles y reiteradas le advierten sin cesar en vano la locura de su empresa. El hombre desdeñó el estudio de la naturaleza para correr en pos de fantasmas que, semejantes á esos fuegos engañosos que el viajero distingue en la noche, le aterrorizaron y le ofuscaron haciéndole abandonar la senda sencilla de la verdad, sin la cual no puede obtener la dicha; ya es tiempo de sacar de la naturaleza los remedios contra los males que nos ha causado el entusiasmo; la verdad es una y jamás puede perjudicarnos; es al error á quien se deben las cadenas abrumadoras que los tiranos y los sacerdotes forjan en todas partes para todas las naciones; al error se debe la esclavitud en que han caído casi todos los pueblos; al error se deben esos terrores religiosos que en todas partes esterilizan á los hombres en el temor ó los hacen matarse por quimeras; al error se deben esos odios inveterados, esas persecuciones bárbaras, esos continuos asesinatos y esas tragedias tremendas de que tantas veces ha sido teatro la tierra con pretexto de los intereses del cielo. Tratemos, pues, de desvanecer las sombras que impiden al hombre caminar con paso seguro por la senda de la vida é inspirémosle valor y respeto por la razón; y si no puede vivir sin quimeras, que por lo menos permita á los demás imaginarlas de otro modo diferente de las suyas; por último, que se persuada de que es muy importante para los habitantes de este mundo ser justos, bienhechores y pacíficos.»

Cinco capítulos tratan de los principios generales del estudio de la naturaleza; la naturaleza, el movimiento, la materia, la regularidad de todo cuanto sucede, la esencia

del orden y del azar son los puntos á cuyo examen dedica Holbach sus tesis fundamentales; de estos capítulos, el último es principalmente el que, por su inexorable eliminación de todo asomo de teología, sembró para siempre la discordia entre deístas y materialistas é impulsó en particular á Voltaire á dirigir sus más violentos ataques al *Sistema de la naturaleza*. La naturaleza es el gran todo del que el hombre forma parte y bajo cuyas influencias se halla; los seres que se colocan más allá de la naturaleza son en todos tiempos productos de la imaginación, sin que podamos sospechar cuál es su esencia, dónde residen y cómo obran; no hay ni puede haber nada fuera del círculo que abraza á todos los seres; el hombre es un ser físico y su existencia física un cierto modo de acción derivado de su organización especial; todo lo que el espíritu humano ha imaginado para el mejoramiento de nuestra condición no es más que una consecuencia de la reciprocidad de acción que existe entre sus inclinaciones y la naturaleza que le rodea; los animales van también de necesidades y formas simples á necesidades y formas cada vez más complejas, y lo propio ocurre con las plantas; el áloe crece imperceptiblemente durante una serie de años hasta que produce sus flores que son el indicio de su muerte próxima; el hombre, como ser físico, obra en virtud de influencias sensibles y perceptibles, y como ser moral según el influjo que sus preocupaciones le permiten discernir; la educación es un desenvolvimiento; ya Cicerón dijo: *Est autem virtus nihil aliud quam in se perfecta et ad summum perducta natura*; todas nuestras ideas insuficientes provienen de la falta de experiencia y cada error es origen de una preocupación; cuando desconoce la naturaleza el hombre, se crea divinidades que llegan á ser el único objeto de sus temores y de sus esperanzas; no reflexiona que la naturaleza no conoce el odio ni el amor, y que en su marcha incesante, produciendo ya una alegría ó bien un sufrimiento, obra según leyes inmuta-

bles. El mundo sólo nos ofrece en todas partes materia y movimiento; es un encadenamiento infinito de causas y efectos; los elementos más diversos obran y reaccionan continuamente los unos sobre los otros, y sus diferentes propiedades y combinaciones forman para nosotros la esencia de cada cosa; la naturaleza es, pues, en sentido lato, la reunión de diversos elementos en toda cosa en general, y en el sentido limitado la naturaleza de una cosa es el conjunto de sus propiedades y de sus formas de acción; si, por consecuencia, se dice que la naturaleza produce un efecto, no se debe personificar la naturaleza como una abstracción, sino que significa sencillamente que el efecto en cuestión es el resultado necesario de las propiedades de uno de los seres de que se compone el gran Todo que vemos.

En la teoría del movimiento, Holbach se atiene por completo al principio sentado por Toland en la disertación de que hablamos anteriormente; es verdad que define mal el movimiento (37); pero le estudia en todas sus fases y á fondo, sin tocar las teorías matemáticas, y debemos observar á este propósito que en toda la obra, conforme al designio práctico del autor, las ideas positivas y especiales ocupan el lugar de las consideraciones generales y abstractas. Cada cosa es susceptible de ciertos movimientos en virtud de su naturaleza especial; así, nuestros sentidos son capaces de recibir las impresiones de determinados objetos; nosotros no podemos saber nada de un cuerpo que no nos produce ni directa ni indirectamente modificación alguna; todo movimiento que percibimos, ó bien transporta el cuerpo entero de un punto á otro ó ya se verifica en las más pequeñas partes de este cuerpo produciendo perturbaciones ó modificaciones que notamos sólo cuando cambian las propiedades de este cuerpo; los movimientos de este género forman la base del crecimiento de las plantas y de la actividad intelectual del hombre.

Se llaman movimientos comunicados los que del exterior se imprimen á un cuerpo, y espontáneos cuando la causa del movimiento está en el cuerpo mismo; á esta categoría pertenecen en el hombre la marcha, la palabra y el pensamiento, aunque, reflexionándolo mejor, encontraremos que, hablando en absoluto, no existen movimientos espontáneos, pues hasta la voluntad del hombre está determinada por causas exteriores. La comunicación del movimiento de un cuerpo á otro se halla regida por leyes necesarias; en el universo todo se mueve continuamente y el reposo es sólo aparente (38); hasta lo que los físicos han llamado *nisus* no se puede explicar más que por el movimiento; cuando una piedra de 500 libras descansa sobre la tierra, aquélla la oprime á ésta en cada instante con todo su peso, y la tierra experimenta por reacción la presión de la tierra, y bastará interponer la mano para ver que la piedra desarrolla bastante fuerza para triturarla á pesar de su reposo aparente; no hay nunca acción sin reacción; las fuerzas llamadas muertas y las fuerzas llamadas vivas son, pues, idénticas, sólo que se desarrollan en circunstancias diferentes; hasta los cuerpos más durables están sometidos á continuas modificaciones; la materia y el movimiento son eternos, y el mundo sacado de la nada no es más que una frase vacía de sentido; querer remontarnos al origen de las cosas es cerrar los ojos ante las dificultades y substraerlas á la apreciación de nuestros sentidos.

En lo que concierne á la materia, Holbach no es estrictamente atomista; admite, es verdad, moléculas elementales, pero declara que la esencia de los elementos es desconocida; no conocemos más que algunas propiedades; todas las modificaciones de la materia resultan de su movimiento; este último cambia la forma de las cosas, disuelve sus moléculas constituyentes y las obliga á contribuir al nacimiento ó á la conservación de seres completamente distintos. Entre los que se llaman los tres reinos

de la naturaleza se efectúa un cambio y una circulación continuas de las partes de la materia; el animal adquiere fuerzas nuevas alimentándose de plantas y de otros animales; el aire, el agua, la tierra y el fuego ayudan á su conservación; pero estos mismos principios, reunidos en combinaciones diferentes, llegan á ser la causa de su disolución, pues los mismos elementos constitutivos sirven para componer formas nuevas ó trabajan en nuevas destrucciones. Tal es la marcha constante de la naturaleza, tal es el círculo eterno que todo lo que existe está obligado á describir; así es como el movimiento hace nacer, conserva algún tiempo y destruye sucesivamente las partes del universo, las unas con las otras, mientras que la suma de la existencia es siempre la misma. La naturaleza, en sus combinaciones, produce soles que son centros de otros tantos sistemas; produce planetas que, por su propia esencia, gravitan y describen sus revoluciones alrededor de esos soles; poco á poco el movimiento altera á unos y á otros, y dispersará acaso un día las partes de que están compuestas esas masas maravillosas que el hombre, en el corto espacio de su existencia, no hace más que entrever de pasada».

Por lo demás, en tanto que Holbach está así completamente de acuerdo con el materialismo de nuestros días, respecto á las tesis generales se atiene aún, para sus opiniones relativas al cambio de la materia, á la ciencia antigua, lo que demuestra cuán lejos estaban esas abstracciones de los verdaderos caminos de la ciencia de la naturaleza; á sus ojos el fuego es todavía el principio vital de las cosas; como Epicuro, Lucrecio y Gassendi cree que las moléculas de naturaleza ígnea desempeñan un papel en todos los hechos de la vida, y que, tan pronto visibles como ocultas en el resto de la materia, producen numerosísimos fenómenos. Cuatro años después de la publicación del *Sistema de la naturaleza*, Priestley descubrió el oxígeno y, mientras Holbach escribía aún ó dis-